



Referentes...

Cambiarle el color a la vida: Paul Gauguin

Por Danilo Rúa Espinosa

Errante estaba el camino del bagaje rotundo de la presurosa tarde rosada mientras cada uno se fundía entre el ocaso de una noche que aumentaba la intensidad de los colores y hacia avivar la densidad de lo desconocido. Fue allí, en donde Gauguin refugió sus ojos agudos para ver más allá de la simple apariencia del efecto que causa la luz sobre las superficies; él fue más allá del efecto mágico que nos hace ver una forma diversa, y nos expuso su manera de mirar a través de sus obras. Su mirada atravesó el velo de la forma para quedarse con la sustancia, fue así como aprendió a ver el verdadero color de las cosas. El rojo perfectamente puede ser un verde o el azul un naranja, solo son matices en los que se manifiestan la diversidad de lo que somos y el conocimiento de que a la vida no hay una sola manera de verla.

Desde esas preguntas por el color, Paul Gauguin ahonda en su peculiar forma de expresar aquello que veía y sentía reflejado en el mundo. Sus experiencias se volcaron a mundos de colores vivos, carnosos, penetrantes y fulguraba las maneras más hermosas de ver la vida, la de la propia mirada; en donde mi esencia pueda ser libre y vivir sin el miedo a la vida. Este postimpresionista nacido en 1848 en París, propuso una nueva mirada para la pintura no solo desde lo visual sino además desde lo conceptual introduciendo una pintura alejada de aquellos trucos que generaban otra percepción visual, y que por lo tanto engañaban al ojo y nos mostraban una realidad que no era. Es entonces cuando el artista decide encontrar su propia forma de hacer pintura y su forma de ver el color. El color se convirtió en fuente de significados y emocionalidades que manifestaban el ser que estaba observando la pintura se volvía una con su autor y de ahí emergía el verdadero color con el que el alma del artista contemplaba su universo.

Y en este universo, las verdes praderas son rojos intensos, las sandías son vibrantes y la arena toma un amarillo incandescente que absorbe toda la composición; así se percibe en *Café nocturno*, *Ares* (1888), *Visión tras el sermón* (1888) o *Mujeres en la playa* (1892), en donde el cambio de color nos deja otra realidad que existe bajo el fluctuante espacio de lo trascendente, que encierran al hombre en ese misticismo del

vivir con intensidad cada instante. En estas pinturas y muchas otras podemos ver ese simbolismo que esconde cada choque de luz contra una superficie para develarnos una tonalidad de las muchas que pueden llegar a reflejarse sobre la misma superficie, cambiando su apariencia. El simbolismo va hacia ese reconocimiento del valor que cada ser les imprime a los colores; la conexión con ellos que entabla una relación profunda con la vida. Ser de aquellos tonos que nos mueven y que nos revisten nos permite ver la vida desde mi propia percepción, desde mi propio punto de vista. Es entonces ahí en donde podemos darnos cuenta que es posible cambiar de colores, y que tal vez cambiarlos sea la clave para atrevernos a habitar los distintos estados por los que el hombre puede transitar.



Café nocturno. (1888). Óleo sobre lienzo. 72 cm x 92 cm. Museo Pushkin, Moscú, Rusia



Visión tras el sermón (1888). 73 cm x 92 cm. National Gallery de Escocia, Scottish National Gallery of Modern Art (Modern One)



Mujeres en la playa. (1892). Óleo sobre lienzo. 69 cm x 91,5 cm. Museo de Orsay Paris Francia.